

iFelices los
que trabajan
por la Paz!

Domingo 29 de mayo

**Corpus Christi – Ciclo C
Mayo 29 de 2016**

Génesis 14, 18-20
Salmo 109
1 Corintios 11, 23-26
Lucas 9, 11b-17

**El Cuerpo y la Sangre de Cristo:
fuente inagotable de reconciliación**

Hoy celebramos la solemnidad del “*Cuerpo y la Sangre de Jesús, el Cristo*” y en los evangelios, la institución de la Eucaristía se encuentra en paralelo con el gesto de Jesús de lavar los pies a los discípulos. La Eucaristía nos invita a la comunión de vida con Jesús y a la vez a acompañar a Jesús, arrodillado ante sus discípulos, lavándoles los pies. Al terminar esta tarea, propia de esclavos, Jesús les dijo: “*Ustedes me llaman el Maestro y el Señor y dicen bien, porque lo soy. Pues si yo, el Maestro y el Señor les he lavado los pies, ustedes deben lavarse los pies unos a otros*”. A muchos no nos interesa esta lección; preferimos quedarnos sólo en “adorar” la presencia de Cristo en la Eucaristía, en lugar de asumir el servicio y la atención a los marginados y a quienes sufren por las injusticias y las violencias. Ellos SON el Cuerpo y la Sangre de Jesús entre nosotros.

La violencia deja muchos cuerpos destrozados, con profundas heridas. Pensemos en las mujeres violadas, abusadas y utilizadas como arma en esta guerra fratricida que como colombianos hemos padecido por tantas décadas. Los testimonios nunca dejan de conmover, nos llenan de sentimientos de impotencia y rabia. Y son más conmovedores si vienen de aquellas mujeres dispuestas a rehacer sus vidas, dejando atrás sentimientos de venganza, para lograr comunidades reconciliadas y sanadas porque esperan hacer surgir una Colombia nueva.

Como decía Doña Clarita, una de las tantas víctimas de violación en el contexto de la guerra: “*A mí ‘esos’ no lograron nunca tocar mi alma; puede ser que hayan tocado mi cuerpo, pero mi corazón no. Ahora, sé lo que vivió nuestro Señor Jesús en la cruz, y yo también puedo decir como él: ‘perdónalos, Padre, porque no saben lo que hacen’. Para mí el consuelo mayor lo encuentro en la Santa Eucaristía, ver la comunidad reunida cantando, me llena de esperanzas*”.

El libro del Génesis nos habla de la primacía de Dios en la vida de Abraham y de su familia, por encima de la guerra, los bienes, el dominio y el poder sobre los otros. En este texto se hace realidad la máxima de Isaías: ‘*la paz es fruto de la justicia*’. Tenemos que tener en cuenta que todo acto cultural debe celebrar esta realidad, de lo contrario, la eucaristía se puede convertir en un rito vacío, en una ceremonia rutinaria y monótona, incluso repetida una y otra vez, sin convicción ni compromiso.



¡Felices los que trabajan por la Paz!

Para las primeras comunidades la Eucaristía era el acto más subversivo, como queda expresado en el testimonio escrito más antiguo sobre la cena del Señor (segunda lectura del día de hoy). Los cristianos al celebrarla se sentían comprometidos a vivir su significado, se movían a obrar como Jesús. La eucaristía es un sacramento, nos une con una realidad significada, y en la celebración nos dejamos impactar por dos signos.

El Pan partido y preparado para ser comido sintetiza la vida de Jesús. El signo no está en el pan como pan, sino en el hecho de partirse y re-partirse, es decir, disponerse para alimentar a los comensales. Jesús siempre estuvo preparado para darle la vida a quien encontraba a diario. Se dejó partir, fue alimento de los suyos, y por eso fue aniquilado por las autoridades judías.

El segundo signo es el vino, que representa la sangre derramada. Para los judíos, la sangre es la vida (Lev 17,14). No es un signo de vida, sino la vida misma. Por eso los judíos no comen la sangre de los animales, pues la vida es propiedad exclusiva de Dios. En este contexto, la sangre derramada alude a la vida de Jesús siempre a disposición de los demás.

La manera como Jesús vivió su vida, para beneficio de los demás, fue el fruto de su estrecha unión con su Padre (Abba). Este Dios es don absoluto y eterno. Por este motivo, el primero y principal objetivo de la Eucaristía, es hacer tomar conciencia de la realidad divina presente en Jesús y en nosotros, para que vivamos como Él. En la Eucaristía se concentra el anuncio testimonial de Jesús: *el amor como donación, sin esperar nada a cambio (agápe). El amor total, sin límites. Soy cristiano, discípulo de Jesús, no tanto porque comulgo con el cuerpo y la sangre de Jesús, sino sobre todo porque ese alimento me lleva a desgastarme por los demás, como Él. Eso es la comunión... Comunión en su entrega.*

El gesto de comulgar con el pan y el vino consagrados, es el signo de nuestra comunión con la entrega de Jesús. Comulgar implica hacer nuestro el proyecto de vida de Jesús. Como él, tenemos que ser capaces de entregar nuestra vida por los demás, siempre disponibles para quien nos necesite y tomar la iniciativa de buscar a los más desamparados. Debemos descubrir a Jesús en quienes esperan un gesto o una acción de nuestra parte.

Clarita, se siente animada porque descubre en la comunidad reunida alrededor de la Eucaristía, una fuerza que la llena de esperanza. Desde la entrega de Jesús, ella se siente fortalecida para perdonar a sus victimarios. Se siente confortada porque aunque su cuerpo haya sufrido los horrores de la violencia, su corazón, como el de Jesús, se mantuvo intacto, para amar, incluso a sus enemigos.

